

DAMA BLANCA

LOS IMPERDIBLES

MARTA MARTÍN GIRÓN

D A M A
B L A N C A



DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2023

*Al amor de mi vida,
Marcos Nieto Pallarés*

NOTA DE LA AUTORA

Las conversaciones y opiniones que se recogen en esta novela son parte de un escenario ficticio y son independientes a los criterios personales que pueda tener la autora.

PRÓLOGO

Tenía el pulso acelerado. Mantenía los cinco sentidos lejos de los recuerdos, lejos de los actos depravados por los que se encontraba al volante a esas horas de la noche. Desde que tomó el último desvío no volvió a cruzarse con ningún vehículo. Transitaba en soledad por una carretera secundaria que bien podría ser el camino al infierno. Su infierno.

Pensó en detenerse allí mismo, en mitad de un angosto carril carente de arcenes. Pero continuó, no podía arriesgarse. De cruzarse con alguien, la mala suerte podría hacer que el individuo se parase a ofrecerle ayuda, que pensase que había pinchado o... No, no podía cometer ningún error.

No, no podía cometer ningún error.

Siguió.

Conducía con la vista puesta en el ennegrecido y maltrecho pavimento, evitando mirar a sus costados. Los cultivos se extendían hasta donde sus sentidos podían alcanzar. Hectáreas de húmedos arrozales eran su única compañía y, aquella madrugada, la total ausencia de luz los teñía de tenebrosidad. Parecía como si la tierra se hubiese hundido, quedando en su lugar una oquedad sin límites definibles, un horizonte difuso

al que por voluntad propia y sin un motivo de peso nadie en su sano juicio querría acercarse.

Esa noche ni siquiera la luna quiso ser juez ni jurado de sus actos. Difusos destellos provenientes del agua estancada en los vastos y oscuros plantíos advertían del aire que soplaba fuera del habitáculo.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

Circuló varios kilómetros más sumiéndose en los pensamientos que no conseguía alejar, preguntándose una y otra vez si lograría olvidarse de aquello. Algo le decía que sí, que tenía la capacidad de no hacerse notar, de parecer un ser indefenso y bondadoso; a esas alturas, era consciente de ello.

Por suerte, conocía la zona. Mientras su cerebro razonaba, el subconsciente gobernaba el timón de su rumbo. Había transitado por aquella vía cientos de veces para ir a la playa.

Un monovolumen en sentido contrario y con las largas puestas le hizo levantar el pie del acelerador. Instintivamente achinó los ojos para protegerse del deslumbramiento y le mandó una ráfaga de luces para recriminarle el descuido.

Volvía a encontrarse a solas con su objetivo.

Siguió conduciendo. El cuentakilómetros engrosaba la cifra.

Una ínfima luz anaranjada se fue transformando, a medida que avanzaba, en una acumulación de puntitos brillantes adheridos al horizonte, señal inequívoca de estar cada vez más próximo al siguiente pueblo. Faltaba un trecho para llegar al desvío cuando giró a la derecha para tomar un camino de tierra que daba acceso a los cultivos. Transitó por él durante unos minutos, hasta que estimó encontrarse lo suficientemente lejos de la «carretera principal». Aminoró la velocidad y luego paró el coche. Apagó las luces y esperó en el interior hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Observó

los alrededores antes de abandonarlo: penumbras. A simple vista no distinguió la presencia de nadie, menos aún la de otro vehículo. Agarró el volante con fuerza y se dejó caer contra él. La tensión y un extraño vigor le recorrían las entrañas: tenía en la mano la capacidad de acabar con la vida de otra persona y no sentir remordimientos.

«Vamos. Termina lo que has empezado. Venga. —Alzó la cabeza y, una vez más, buscó una señal que le hiciera desistir de su propósito. Su pulso latía acelerado—. Vamos, no hay nadie. Es imposible que alguien te vea. Es el momento».

Abrió la puerta y la luz del habitáculo se encendió. Tuvo la sensación de estar exhibiendo su cuerpo desnudo en mitad de la Gran Vía de Madrid. Se apresuró a apagarla y al inclinarse oyó un ruido en el exterior seguido de un chapoteo.

«Será alguna rana», se dijo, con la mente puesta en dónde deshacerse del cadáver.

Estuvo a punto de bajarse allí mismo, pero decidió avanzar con el coche unos metros más.

Cerró la puerta y se dirigió a la trasera.

«Venga, ya está hecho. A partir de ahora debes actuar como si no hubiera pasado nada. Has de ser tan convincente que hasta tú te creas las mentiras.

»En unos minutos todo habrá pasado. Y no hay nadie. No has dejado rastro. Siendo como era, tú no tienes la culpa de que haya acabado así. No has hecho nada malo, solo has quitado de en medio a una pequeña guarra».

UN CUERPO SIN IDENTIFICAR

Yago Reyes

Martes, 17 de septiembre de 2019

Mi compañera conducía mientras yo me limitaba a observar el paisaje. Lo hacía en silencio, concentrada en la carretera. Aún no sabía si aquella forma de conducir era para no perderse, para no salirse de la calzada o porque le preocupaba algo.

No, no la conocía, no sabía de qué pie cojeaba. Parecía maja, pero... No sé, tanto silencio me ponía de los nervios. Desde el primer día quise pensar que era solo cuestión de tiempo que entabláramos amistad y confianza. Pero ya llevábamos tres semanas juntos, concretamente desde el día que pisé esa comisaría. ¿Acaso era mucho pedir que mi nueva compañera me hablase? Bajo mi punto de vista, tan solo pretendía disfrutar de algo razonable: poder pasar las jornadas con una persona con una actitud y un comportamiento normales, con un mínimo de educación.

Tres. Solo tres semanas y ya estaba hasta las pelotas. Tres largas semanas que habían sido como un viaje a un mundo paralelo, surrealista, desconcertante y triste, muy triste.

Pero la culpa era mía por no ver venir las cosas. Pedí el traslado cuatro años atrás, cuando tenía motivos para cambiarme. El mejor momento para que me lo concedieran hubiera sido ese, no cuando llegó, no cuando ya nada tenía sentido, no cuando, de hecho, no solo lo daba por imposible, sino que lo había olvidado. Me concedieron un traslado tardío, jodiéndome los planes y obligándome a empezar de nuevo.

El amor a distancia no funciona. No somos animales que puedan entenderse en la lejanía. Una amistad, un consanguíneo, vale, ¿pero la pareja? No, la pareja tiene que estar cerca, dormir cada noche a tu lado si no quieres convertirte en otro tío, con rostro, aficiones y trabajo distintos. Sí, el cambio de ciudad llegaba con cuatro años de retraso, porque, cuando no tienes que estar con alguien, el universo confabula para que antes o después dejes de estarlo. El cabronazo me hizo llegar su mensaje de malos modos y lo acepté, ¿pero el traslado...? Venga ya, se estaba cebando.

Mientras nos aproximábamos, el tiempo que no contemplaba el paisaje examinaba a mi compañera sin que esta se diese cuenta, aunque no precisamente porque fuese discreto. Llegué a pensar que ignoraba adrede cualquiera de mis gestos. Incluso que estaba enfadada conmigo por algo que yo desconocía.

—¿Te preocupa algo? —pregunté en un intento de acercamiento.

—No.

«Joder, de verdad que me ha ido a tocar la más estúpida».

—No has dicho nada desde que salimos de la comisaría.

—Estoy conduciendo.

—Sí, eso ya lo veo.

Me miró un segundo y volvió a clavar la vista en el culo del vehículo que circulaba delante de nosotros, sin añadir nada más. Di por concluida la charla de cortesía. No tenía ninguna necesidad de seguir haciendo el capullo. Si pretendía que fuera detrás de ella, lo llevaba claro.

El decorado urbano cedió paso al rural. La carretera secundaria mostraba un paisaje protagonizado por los arrozales característicos de esa zona del Mediterráneo; un horizonte de color verde eléctrico, avivado aún más por los rayos del sol. Aquella panorámica era como contemplar un estanque en calma, casi contagiosa. Sin embargo, esa paz estaba solo allí, en el exterior.

Hastiado por la compañía, aproveché para mirar el móvil. Terminé metiéndome en Casa del Libro para ojear las últimas novedades en novela policíaca. Había pasado tantas horas solo que había terminado aficionándome a la lectura, aunque desde hacía semanas, con el trabajo y la mudanza, tenía poco tiempo libre. Busqué lo último en policíaca, suspense y misterio. Estaban los de siempre: John Grisham, Jo Nesbø, Harlan Coben... Seguí buscando, esta vez fijándome en los títulos de las obras. Uno en especial me llamó la atención: *El asesino indeleble*. Su cubierta oscura, que mostraba a una persona con una linterna en mitad del bosque, me gustó. Leí la sinopsis. Me pareció que tenía buena pinta y lo compré.

No había leído ni la primera página cuando Luca de Tena nos llamó por teléfono. Contesté yo, aunque puse el manos libres.

—¿Qué ocurre, jefe?

—Han encontrado el cuerpo de una chica en los arrozales de Cullera. ¿Por dónde andáis?

—Volviendo de Cullera —respondió Aines.

—Os mando la ubicación, quiero que vayáis.

—¿Nos reclaman los compañeros de la Guardia Civil como apoyo? —continuó mi compañera.

—No, pero quiero que vayáis igualmente.

—Es por la chica que desapareció hace dos días, ¿no? —preguntó Aines—. ¿Cree que puede ser ella?

—Ojalá no fuera ninguna, pero está claro que la descripción que nos han dado se acerca mucho, sí.

—Tenemos ya la ubicación, ¿no? —me preguntó Aines de forma retórica. Asentí, aunque lo daba por contestado—. Señor, luego hablamos. Cuelga y mete las coordenadas.

—Mantenedme al tanto —zanjó el comisario.

Obedecí como un niño bueno. Estábamos a menos de cinco minutos. Aines aceleró a fondo.

—Si se trata de la chica que desapareció en Alzira, pediremos ser quienes lleven las riendas del caso.

Enseguida vimos unas luces intermitentes.

—Es ahí —dijo dedicándome una mirada de soslayo—. Puedes quitar el GPS, ya no hay pérdida.

Bloqueé el móvil y atendí a la carretera, tal y como intuía que deseaba mi compañera: estaba a punto de tomar un camino de tierra lleno de baches. Ella activó las luces de emergencia.

No tardamos en distinguir un par de vehículos de Seguridad Ciudadana. Era fácil imaginar en lo que se convertiría la zona según fuesen transcurriendo los minutos: un caos de personas entrando y saliendo de la «zona caliente».

—Aparca ahí —le indiqué alzando el brazo.

No sé cómo pudo ver dónde señalaba, apenas me miró. Me respondió con un «sí» apenas audible.

Una vez fuera del vehículo, nos dirigimos al cordón policial que estaban levantando.

—Buenos días. Ella es mi compañera Aines Collado, y yo soy Yago Reyes, inspectores de homicidios de la Policía Judicial del Cuerpo Nacional de Policía, nos han comisionado desde Alzira.

—Buenos días —respondieron al unísono un par de compañeros que seguían delimitando la zona.

Acto seguido les dimos nuestros números de placa para el informe de acceso. Con el «permiso» de uno de ellos, accedimos.

—Seguidme —solicitó al tiempo que se ponía en marcha. Sin preguntarle, comenzó a explicarnos lo que había sucedido—. El agricultor ha llamado informando de la aparición de un cadáver. Al parecer, estaba trabajando con la máquina y cuando se acercó al punto donde ha encontrado a la chica ha visto muchos bichos revoloteando.

El olor en esa zona era fuerte y desagradable, como a agua estancada. A pesar de estar a mediados de septiembre, el verano parecía no querer marcharse; los últimos días habían sido tan sofocantes como los meses de julio y agosto. Si se trataba de la chica desaparecida en Alzira hacía un par de días, el calor habría acelerado su proceso de descomposición, pero no tanto como para desprender olor. Aun así, preferí tener a mano un pañuelo, al que le puse un poco de crema, por si decidía no aguantar más aquel pestazo.

—Se ha bajado y es cuando ha notado el olor a muerto— continuó el agente—. Según nos ha dicho, se ha acercado porque pensaba que sería algún animal. Por el olor tan fuerte, alguno grande: un jabalí o un perro. Pero...

—Gracias por ponernos al tanto —le corté retirándome el pañuelo de la boca un instante.

—No hay de qué. Es ahí —dijo haciendo un gesto con el brazo para indicarnos el punto exacto donde se hallaba el cadáver.

Aines y yo nos asomamos a unos metros de distancia; no queríamos contaminar el escenario del crimen. Apenas se veía el cuerpo: quedaba totalmente cubierto por los altos tallos del cultivo de arroz.

—¿Dices que el agricultor no lo ha tocado? —preguntó Aines al hombre que nos acompañaba.

—Asegura que no.

—Okey —dije protegiéndome las manos con unos guantes de nitrilo—. Echaremos un vistazo cuando los compañeros acaben de recoger las pruebas pertinentes.

Asintiendo, el guardia civil dio media vuelta y nos dejó a nuestras anchas en la escena del crimen.

Un par de pasos más fueron suficientes para poder ver a la víctima. Yacía bocabajo, con la cara sumergida en el fango del arrozal. No obstante, era evidente que se trataba de una mujer. Su brazo izquierdo quedaba oculto bajo su torso. Parecía un maniquí amputado y tirado en el barro. Estimé que medía algo más de metro y medio. Delgada. A juzgar por su complexión, calculé que tendría una edad comprendida entre los catorce y los treinta años. Sus partes íntimas estaban cubiertas por unas bragas mal puestas. La parte delantera de su cuerpo, embarrada; la parte trasera, limpia, casi inmaculada, y de un color cianótico pálido, como si ambas partes no correspondieran a la misma persona, un efecto visual que te hacía pensar en una obra de arte macabra y escalofriante. Los insectos acudían a sus restos como las polillas a la luz. Sentí lástima por aquella desconocida.

Salimos del perímetro acordonado y telefoneamos a Luca de Tena.

—No se le ve la cara —le dije—. Hasta que llegue el forense y le tome las huellas no vamos a saber si se trata de la chica que desapareció el otro día en Alzira.

—Tenedme informado —respondió él.

—Ahora a esperar —dijo Aines.

A los cinco minutos, llegaron los compañeros de la Policía Judicial de la Guardia Civil.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —nos preguntó uno de ellos.

Era delgado y muy alto, con el rostro afilado.

—Nos han dado el aviso —respondí sin dar más explicaciones.

—No entiendo nada —protestó su compañero.

Este era más bajito y de cejas muy gruesas, de unos cincuenta años.

—Estábamos muy cerca —intervino Aines—. Y hace dos días desapareció una chica de Alzira. Podría ser ella.

—Podría ser cualquiera —replicó el agente más alto—. Todos sabemos que desaparecen muchas personas al cabo del día.

—Vais cargados de trabajo, así que no creo que nadie ponga el grito en el cielo si llevamos nosotros el caso —alegué en apoyo a mi compañera.

—De acuerdo —aceptó el de cejas gruesas—. Colaboraremos en lo que sea necesario.

—Gracias —dijo Aines.

—Para eso estamos —zanjó este último.

Habían pasado un par de horas desde que llegamos.

—¿Habéis visto algo raro? —les pregunté a dos de los hombres que trabajaban recogiendo muestras, dos agentes del Servicio de Criminalística de la Guardia Civil, aunque nosotros solíamos referirnos a ellos como «los compañeros del SECRIM».

—No. Nada destacable, la verdad.

—¿Sabemos quién es?

—No. No hemos encontrado nada que desvele su identidad.

Suspiré.

—Está bien. Gracias.

Ojeamos los alrededores. A lo lejos, equipados con sus inconfundibles monos de color blanco, vimos a otros dos compañeros más del SECRIM peinando la zona y haciendo fotografías. No nos acercamos, no quisimos interrumpirlos.

«Es raro que aún no haya llegado el forense».

Al regresar al lugar donde se había hallado el cuerpo de la víctima permanecemos a una distancia prudencial: preferíamos no tocar nada. Los compañeros también iban y venían según sus necesidades.

—¿Qué opinas? —le pregunté a Aines.

—No he visto nada destacable. Ni marcas ni señales exageradas, solo un par de moretones que no tienen por qué corresponder a un forcejeo —explicó sin mirarme a la cara. Era extraño que se estuviese explayando tanto, pero, a decir verdad, teníamos un asesinato que resolver, no podía permitirse el lujo de ignorarme—. Aun así, presupongo que ha habido abuso sexual. ¿Cuántos años tendría? Me pregunto si es la chica que están buscando.

—Yo también veo probable que hayan abusado de ella y se les haya ido de las manos. Y la edad... Tendría que verle la cara. Podría ser una chiquilla o una mujer con la constitución de una cría. En fin. ¿Vamos mientras a hablar con el agricultor?

—Sí.

Caminamos hacia las cintas policiales.

«Me pregunto cuánto tiempo le durará la cordialidad —pensé mientras la observaba con disimulo—. El otro día hizo lo mismo y después se volvió a convertir en una seta. Supongo

que es una cortesía pasajera. En fin, aunque sea una antipática, al menos es mínimamente profesional y consigue aparcar sus motivos personales por el bien de una investigación. Aunque me gustaría saber cuáles son esos grandísimos motivos».

Al alcanzar las cintas, hablamos nuevamente con el compañero que nos había indicado la ubicación de la chica muerta.

—¿Nos puedes decir quién encontró el cuerpo? —le pregunté.

—Claro. Es el señor al que están atendiendo los sanitarios. Le están dando algo para los nervios. El pobre hombre sufre del corazón y...

—Está bien. No hace falta que vengas.

Al llegar, di un par de golpes secos en la caja de la ambulancia, generando un estruendo bastante desagradable.

—Joder, tío. Sé más suave —se quejó Aines—. Vas a terminar de matarlo.

Alcé la ceja a modo de «bueno, no es para tanto, pero vale».

Inmediatamente salió una enfermera llamándome la atención.

—¿Podéis tener más cuidado? Ahí dentro está un señor con un ataque de nervios de mil demonios. No tiene el cuerpo para más sobresaltos.

—Que sí, que sí. Lo siento. No me he dado cuenta —respondí contrito al sentirme seducido por la guapa enfermera.

—Disculpa —intervino Aines—. Cuando esté más sosegado, quisiéramos hablar con él.

—Hace media hora lo ha estado interrogando la Guardia Civil, podríais hablar con ellos y dejar descansar a este pobre hombre.

—Me temo que vamos a reunirnos con él antes o después, así que cuanto antes lo hagamos, más fresco tendrá lo que ha visto.

La chica puso cara de resignación.

—Claro. Le voy a preguntar si no le importa atenderos ya.

—Gracias —respondí por ambos.

Regresó a la ambulancia, dejándonos una bonita imagen de su trasero y su pelo castaño recogido en una larga coleta que le caía por la espalda.

Miré a Aines y la encontré observándome. Al cruzar nuestras miradas apartó la suya, poniendo una cara de asco que no esperaba.

¿Acaso estaba celosa? No pude evitar sonreír para mis adentros.

—Podéis hablar con él —dijo la enfermera, asomando medio cuerpo por la puerta trasera de la ambulancia—. Ahora sale.

Asentimos y esperamos el tiempo pertinente. Y lo hicimos en el más absoluto silencio; mi compañera parecía volver a no querer dirigirme la palabra.

—Hola —saludó el hombre, llamando nuestra atención.

Estaba notablemente apesadumbrado y, al mismo tiempo, se le notaba a la legua que pretendía mostrarse sereno.

—Buenos días. Somos los inspectores de homicidios Yago Reyes y Aines Collado. ¿Podría contarnos qué ha pasado?

—*No puc explicar molt, agents.*

—En castellano, por favor —repliqué lo más amablemente que pude.

No era el primero al que hacía volver a empezar. Sabía que, antes o después, si me quedaba en mi nuevo destino por mucho tiempo —la lógica apuntaba a que sería así—, tendría que refrescar mis nociones de valenciano a pesar de que llegué a creer que no volvería a emplearlo en la vida, porque, claro, las cosas cuando no las usas se olvidan, por lo menos en mi caso. Y mi mente en ese momento no estaba para esforzarse más de

la cuenta; empezaba a dolerme la cabeza y suficiente tenía ya con adaptarme a mi nueva vida.

—Sí, disculpe, es la costumbre.

—No pasa nada. ¿Qué decía?

—Pues que no puedo contarles mucho. Todavía no me puedo creer lo que... —Suspiró—. Es que..., era una...

—Tranquilo —dijo Aines al ver sus ojos humedecerse—. Podemos esperar a que esté preparado.

La miré con cara de desaprobación. ¿Acaso se creía una hermanita de la caridad? Los compañeros de la Guardia Civil no habían tenido tantos miramientos. Además, no éramos psicólogos, sino policías investigando un homicidio y ese hombre era un testigo que podría estar o no involucrado en el asesinato. Me había cruzado con un par de actores de primera capaces de engañar hasta al mismísimo diablo. Su fachada de cultivador al borde de un infarto no le excluía de ser uno de los primeros sospechosos; tendría más papeletas si se conocían.

—No se preocupen. A ver..., tampoco tengo mucho que contar. Ya se lo he explicado a sus compañeros. He hecho las cosas típicas de por aquí —dijo señalando con el brazo la zona de los cultivos— y luego he cogido la cosechadora para ir al otro extremo de donde tengo la caseta. Según me aproximaba he visto bichos, muchas moscas, revoloteando en un único sitio. He pensado que podría haber algún animal muerto y me he bajado de la máquina para comprobarlo. Si era el caso, llamaría a la Guardia Civil para que lo retirase o lo quemaría yo mismo. Y al acercarme... Bueno, por esta zona huele muy mal. Ya se habrán dado cuenta. Se estanca el agua. El caso es que me he acercado y ha sido cuando he visto el cuerpo ahí tirado: las piernas desnudas de una chica, la espalda... *Cagon-deu*, ha sido horrible.

Oí cómo se aproximaba un vehículo. Me giré para verlo. Se trataba de un taxi. Debía de ser el juez del caso.

—¿Ha llegado a tocar el cuerpo? —continué preguntándole.

—No. ¡Qué dice! No, no. No he tocado nada. Según lo he visto, me he dado la vuelta y he llamado a la Policía, al primer teléfono que he encontrado.

—Bien. ¿Cree reconocer de quién es el cuerpo?

—Pues no lo sé. Lo primero que ha pasado por mi mente ha sido mi sobrina, que tiene su misma edad.

—¿Su misma edad, dice?

—Bueno, no sé qué edad tiene la chica muerta, pero por su constitución he pensado que era joven. Por eso me ha venido mi sobrina a la cabeza.

—Entiendo —dijo Aines.

—Nos gustaría que algún compañero terminase de tomarle manifestación —intervine.

El hombre nos miró uno a uno con la boca a medio abrir. Dudé de si entendía lo que aquello significaba. ¿Acaso no sabía que era lo que había estado haciendo todo el rato al contestar nuestras preguntas?

Y entonces respondió:

—¿Es necesario?